

Vallejo desde un poema: *Trilce* XXXI

Luis Monguió

granero del idioma

«Oda al diccionario», Pablo Neruda.

En una reciente relectura de *Trilce*, al llegar al poema XXXI me di cuenta de que en él aparecen ciertas imágenes y vocablos, centrales para su entendimiento, que me resultaban opacos. Un vistazo a la bibliografía que en casa tenía al alcance de la mano me mostró que ni en la más acuciosa de las obras de André Coyné (que desde 1949, por lo menos, estudiaba al poeta), su *César Vallejo* (1969), págs. 175-176, ni en el admirable libro de Eduardo Neale-Silva, *César Vallejo en su fase tríllica*, de 1975, en cuyas págs. 102-110 analiza *Trilce* XXXI, se dilucidan específicamente ese léxico y esas imágenes.

Recordé entonces el consejo de mi primer gran profesor de literatura, don Antonio Rubió y Lluch, catedrático de Barcelona, de quien fui alumno en 1923-24, mi primer año universitario. Era para nosotros don Antonio, ya anciano, un personaje venerado por su gran erudición y su gran obra, y por ser nuestro vivo enlace con la tradición de la primera

v. 1: «Esperanza plañe entre algodones».—*Esperanza plañe*, es decir, gime, llora, se queja, *entre algodones*, esos algodones en rama, de uso en medicina y cirugía. El sujeto de la oración, *Esperanza*, así, sin artículo y con mayúscula inicial, trae ante todo a la mente un nombre de mujer, mujer que si plañe entre algodones pudiera evocar, en efecto, una escena de habitación de enferma o de hospital. Sin embargo, en el verso 16, Dios «entre sus dedos toma a la esperanza», y ahí, con artículo definido y minúscula, la esperanza ha de ser el estado de ánimo que nos permite creer posible lo que deseamos o la virtud teológica, la que nos hace creer que Dios nos dará su gracia en este mundo y la gloria en el venidero. La aplicación al sujeto gramatical del verso 1 de esta última acepción del vocablo *esperanza* la refuerza la frase «Cristiano espero» del verso 7.

Vallejo frecuentemente parte en sus poemas de imágenes materiales, físicas, a veces fisiológicas, incluso en aquéllos en que infunde temas graves y hasta trascendentes. De tal modo, en el verso 1 de *T XXXI* la esperanza aparece incorporada, digámoslo así, en un ser físico y plañidero.

vv. 2-3-4: «Aristas roncadas uniformadas / de amenazas tejidas de esporas magníficas / y con porteros botones innatos».—*Aristas* no parece estar aquí en el sentido más corriente de esa palabra, el geométrico, el de línea de intersección de dos planos o superficies. Otros dos de los sustantivos en la misma oración —*esporas* y *botones*— son términos botánicos, lo que hace pensar que *aristas* estará aquí también en su acepción botánica de filamentos que envuelven el grano de las gramíneas, filamentos que defienden el germen, defensores de un elemento de materia viva que puede producir a un ser orgánico. La esperanza, para sernos presentada en el verso 1 como un ser plañidero, había de haber nacido ya, y esta estrofa es la de su nacimiento según lo aclara el vocablo *Natividad* del verso 6. Imaginativamente, la esperanza nace —como un trigo— protegida por estas *aristas*, *roncadas* del vagido primero, *uniformadas*, vale decir vestidas y hermanadas con las *amenazas* (esto es, que hasta la esperanza de lo deseable ofrece aquí un riesgo, la posibilidad contraria de algún mal), *amenazas tejidas de esporas magníficas*. *Esporas* son los corpúsculos que se forman en los microorganismos cuando las condiciones del medio son desfavorables para su vida ¡y cuánto hay de desfavorable a la vida en tantos poemas de *Trilce*! Esas *esporas* serán

adjetivas de *magníficas* porque, biológicamente, son células propias en la reproducción asexual de ciertas plantas y ciertos protozoos, reproducción asexual tan deseada en algún poema vallejiano, en «Amor» de *Los heraldos negros*, por ejemplo: «y que yo, a la manera de Dios, sea el hombre / que ama y engendra sin sensual placer» (aunque no haya que olvidar su opuesto empuje sexual en otros poemas tales como *TIX*, *T XIII*, etc.). Nacimiento defendido en el verso 4 por *porteros botones innatos*, por guardianes sépulos que protegen el capullo, la flor innata, que no nace hasta que se abre el *botón*.

vv. 5-6: «¿Se luden seis de sol? / Natividad. Cállate, miedo».— Ludir significa frotar o bien rozar. La pregunta es, pues, ¿nace la esperanza al rozarse las seis de sol, las seis de la mañana, el nacimiento del día? A lo que el verso 6 contesta: *Natividad*, y ordena: *Cállate, miedo*, es decir, nacimiento y cese el miedo, miedo al acto mismo de nacer, con sus vagidos, o miedo a ese posible riesgo de algo aciago que esa esperanza puede implicar. Nótese la elección de la voz *Natividad* que suele referirse a la de Jesús y a la de la Virgen María y que pertenece esencialmente al léxico religioso y por ello constituye oportuno enlace con el verso inicial de la estrofa siguiente.

No extrañen los términos botánicos o biológicos de lo ya citado. Desde unos poemas didácticos, de por 1914 o 15, que publicó en sus tiempos de maestro de primaria en Trujillo (descubiertos por Coyné en una revista escolar, *Cultura Infantil*) había empleado Vallejo palabras científicas para explicar fenómenos naturales a los niños. El vocabulario técnico no está ausente tampoco de su obra madura: «Grupo dicotiledón» (en *T V*) o «Tú sufres de una glándula endocrina» (en *Poemas humanos*) por citar sólo un par de casos. Es más, aquellas *esporas* de *T XXXI* no dejan de ser apropiadas en versos a una natividad (como la de Jesús, hijo de Virgen), la de una auroral, inocente, si quizás riesgosa, esperanza.

vv. 7-10: «Cristiano espero, espero siempre / de hinojos en la piedra circular que está / en las cien esquinas de esta suerte / tan vaga a donde asomo».— Comienza el verso 7 con una frase afirmativa, en primera persona del singular; ese «yo» es el hablante del resto del poema. Tal frase, *Cristiano espero*—es decir, como quien profesa la fe cristiana, que *spera in Deo*—, no ofrecería ambigüedad si no fuera por sus calificantes

en el resto de la estrofa, puesto que ¿cómo espera?: *espero siempre de hinojos*, como en oración, pero *de hinojos en la piedra circular que está en las cien esquinas de esta suerte tan vaga a donde asomo*,» y ¿qué es o cuál es tal *piedra circular*? No me turba decir que en mi ayuda para descifrar estas palabras vino, como a veces nos ocurre a los viejos, un recuerdo de la infancia. En mi provinciana ciudad, harto levítica, cuando yo era niño se acostumbraba llevar con cierta frecuencia a la casa de las Hermanitas de los Pobres algún óbolo para los ancianos allí recogidos y algún regalo para los niños expósitos que las monjas criaban, óbolo y presentes que se dejaban en el torno del convento. Dice la Academia que el torno es una «Armazón giratoria compuesta de varios tableros verticales que concurren en un eje, y de *un techo y un suelo circulares*, la cual se ajusta al hueco de una pared y sirve para pasar objetos de una parte a otra, sin que se vean las personas que los dan o reciben. Tiene uso en conventos de monjas, en las casas de expósitos y en los comedores». En mis tiempos era de madera el suelo del torno pero en otros lo fue de piedra. La misma Academia nos dice, s.v. *piedra*, que «echar a o en la piedra» es «Poner a criar los hijos en una casa de expósitos, también llamada de la *piedra* por la *que hay en un nicho para que allí los pongan*, y s.v. *hijo*, que *hijo de la piedra* era el «Expósito que se cría de limosna, sin saberse quienes son sus padres». La *piedra circular* ha de ser aquella sobre la que, de rodillas, el hablante del poema está como un pobre cunero, un hijo de la piedra, un expósito, un huérfano; piedra que para él está, en su desgracia, no sólo en un asilo sino en cualquiera de *las cien esquinas de esta suerte*, en los cien lugares donde se reparte la *suerte*, la buena o mala fortuna (con la carga semántica adicional de que en el Perú se llama *suerte* al boleto de la lotería), *esta suerte tan vaga*, tan indeterminada, *a donde asomo*, donde comienza a considerar aquello que pueda traerle para bien o para mal.

Si la cristiana esperanza lo es de bienes deseados y prometidos (gracia y gloria), la que se deduce de los versos anteriores es menos optimista que aquella ya que lleva implícito un riesgo, una también posible aciaga suerte para el pobre huérfano que la aguarda.

Los versos finales 11-16 y 17-18, ofrecen menos dificultades léxicas e imagísticas que los diez anteriores.

vv. 11-16: «Y Dios sobresaltado nos oprime / el pulso, grave, mudo, / y como padre a su pequeña, / apenas, / pero apenas, entreabre los sangrientos algodones / y entre sus dedos toma a la esperanza».

Sorprende ver a Dios *sobresaltado*, alterado con susto repentino, ya que tal no es un atributo que en el cristianismo suela y aun pueda aplicarse a la divinidad; pero en el ambiente creado en los versos que anteceden pudiera explicarse tal sobresalto por la sorpresa de percibir que el hablante del poema piensa en una suerte *tan vaga*, tan incierta, una esperanza nacida, como una niña, entre algodones ahora *sangrientos*, malhadados. Lectores habrá que no hayan podido evitar aquí el recuerdo de la imagen negativa de un Dios indiferente a su creación como el Dios *suertero* de «La de a mil» o *jugador* como en «Los dados eternos» de *Los heraldos negros*; pero al Dios, *grave, mudo*, de los presentes versos se lo muestra compasivo, ya que *nos oprime el pulso* (al hablante y a todos los humanos) como un médico lo hace con sus enfermos, porque oprimir está aquí en su sentido primario de ejercer presión —como el médico sobre la vena de su paciente— no en el figurativo de apretar demasiado. En efecto, la imagen que sigue es de extremada delicadeza: *y como padre a su pequeña, apenas, pero apenas, entreabre los sangrientos algodones*, apenas, casi no, como si tratara de evitar cualquier desgarrón al levantar una venda, evitando hacer daño; *y entre sus dedos toma a la esperanza*, que así queda —como una criaturita en los brazos de su padre— en las manos de Dios. En tal momento, ante ese Dios sobresaltado por la angustia del hombre, y compasivo, el hablante del poema lo cierra bruscamente con estas palabras:

vv. 17-18: «Señor, lo quiero yo... / Y basta!».

El «yo» del poema dice en efecto: Señor Dios, yo que acabo de crearte con mis palabras sobresaltado y compasivo, yo que te concedo esos atributos, yo que humanamente dudo del carácter de mi esperanza, yo la quiero favorable de tus manos. *Lo quiero yo... Y basta*. Basta con mi voluntad, con mi desear cristianamente la esperanza buena para, como lo prometido, obligarte a dárme la tal.

Pocos son los poemas de Vallejo cuyo tema sea la esperanza. Neale-Silva los reducía, entre los setenta y siete de *Trilce*, a no más de tres. Uno de ellos T XXXI, que contempla el nacimiento de una inocente

esperanza, una virgen esperanza, cristianamente aguardada, menos cristianamente percibida como incierta por el huérfano que la abriga ya que contiene el riesgo de una ya no buena sino de una también posible mala suerte, que sólo la voluntad, el *Yo lo quiero* de la voz del poema impone que sea buena al Dios compasivo que él ha creado en sus versos. Extraña inversión del «Hágase tu voluntad, que no la mía» ante el cáliz de la amargura (Mateo, XXXVI: 39).

Al fin de su vida, en sus últimos textos, el poeta expresa otra esperanza, más altruista, más allá de la suerte individual, un algo trascendente en que el hombre, redentor, se diviniza y Dios se humaniza. *T XXXI* es así una etapa en el largo camino de un alma, la de César Vallejo, tan frecuentemente poeta de la orfandad, el dolor, la angustia.

No he tratado en estas líneas de ofrecer un ensayo de aproximación psicológica, filosófica, teológica ni biográfica siquiera a *Trilce XXXI*. Lo que sí quise intentar, en homenaje a Vallejo, es una lectura literal de un texto suyo específico. Ojalá que con esa lectura de sus significantes haya logrado facilitar a los lectores del poeta una justa entrada al significado primario de ese poema y, con ello, según mis maestros aconsejaban, proporcionarles un punto de partida desde el cual puedan, a su vez, acercarse a sus demás significados dignos de exégesis.

29 de junio de 1992